

Reseña de Augusto Del Noce, *The Crisis of Modernity (La Crisis de la Modernidad)* (McGill-Queen's University Press, 2014)

Los ensayos aquí reunidos se publicaron en diferentes lugares y publicaciones. El resultado es que Del Noce pudo permitirse una gran cantidad de repeticiones. Diferentes temas reciben el énfasis en diferentes ensayos, pero todos aparecen varias veces. También es muy italiano, lo que se manifiesta de varias maneras. No sólo hace constantes referencias a escritores desconocidos fuera de los académicos italianos, sino que ignora igualmente a los escritores angloamericanos, de los que parece pensar que siguen siendo los positivistas lógicos de los años cincuenta. También recurre a la afirmación enfática justo cuando se necesita la exposición en su lugar. Del Noce era un intelectual católico romano, y como es típico, asume que la síntesis tomista de conceptos paganos y bíblicos es el verdadero cristianismo, por lo que deberíamos considerar la posibilidad de que lo que es una crisis para él, puede no ser la misma crisis, o de la misma manera para aquellos que tuvieron su cristianismo restaurado por la Reforma.

De hecho, este concepto de crisis de la modernidad es tomado de diferentes maneras por diferentes escritores. Para algunos, es la modernidad la que sufrió una crisis, después de que se jugara todo el potencial de sus premisas, y así hemos irrumpido en la posmodernidad. Para otros, la modernidad es una especie de punto final en el que todo un desarrollo cultural desembocó en un período final, llamado modernidad, que destruyó los fundamentos de todo este desarrollo (que podría ser la Civilización Occidental, la Cristiandad, la Historia Progresista, o algún otro ideal a largo plazo). Por último, y como tenemos en este libro, la modernidad se concibe como una amenaza para algo más específico. Ese algo específico puede ser la sociedad tecnológica, la relativización de Europa frente a un mundo más amplio que sostiene firmemente valores conflictivos, la cultura de masas, o algún concepto filosófico que lo subvierte todo. Para Del Noce lo que está amenazado es una cierta síntesis filosófica que él considera esencial para la continuación de una sociedad que él considera como la Europa cristiana. La crisis, por tanto, es una crisis de esta sociedad y de sus fundamentos teóricos que es causada por la modernidad, pero hay un tema menor de una crisis de la modernidad en el primer sentido, donde la modernidad sufre bajo el fin del potencial que tiene el marxismo.

Naturaleza de la modernidad

El sentido de la modernidad diferirá un poco dependiendo de si la considera como filosofía, o como ciencia, o como algún desarrollo histórico.

Me inclino por definir el sentido “modernista” de la filosofía moderna como sigue: “Una filosofía es moderna siempre que pretenda no ser una mera actualización de alguna ‘virtualidad’ del pensamiento antiguo, o de la unidad medieval del pensamiento antiguo y cristiano. Y cuando, por lo tanto, para situarse en la historia debe afirmar que hemos entrado en un período de investigación filosófica marcado por una fuerte ruptura con respecto a los períodos griego y medieval, que se creen terminados”. ... La Edad Media se caracterizó por la búsqueda, en vano, de la armonización de las tradiciones filosóficas griega y cristiana. ... Entonces, la ruptura de la que parte la “modernidad” es el rechazo de este compromiso. (p. 4)

Esta peculiar definición, aunque llega a la esencia de lo que perturba a Del Noce, situaría el inicio de la modernidad en los desarrollos filosóficos del siglo XIV. Cuando dice que la búsqueda medieval es “en

vano” está aludiendo a cómo se presenta la modernidad, ya que él sí cree en la síntesis medieval. Sin embargo, si nos centramos en la ciencia, podríamos dirigirnos al siglo XVII, y en la política al XVIII. Para algunos, los periodos como la Edad Media en los que se divide la historia son una mera abreviatura para aludir a fechas generales, y consideran que los periodos en sí carecen de límites cuando se examinan con detalle histórico. Del Noce discrepa rotundamente de esta opinión. Pero esto sigue dejando la cuestión de cuándo deben situarse los límites. Willis Glover ha argumentado que las grandes divisiones tradicionales son erróneas (*Biblical Origins of Modern Secular Culture*). Pero también dice que la síntesis tomista del cristianismo y la cosmología griega nunca fue un logro completo y estable. Contemplando el Renacimiento, Willis observa los elementos agustinianos del pensamiento de muchos humanistas y lo considera más cristiano que la Edad Media. Para Del Noce, para quien la síntesis tomista es la pristinización del cristianismo, el desprecio de los humanistas renacentistas por la escolástica tendría un significado muy diferente. Del mismo modo, su homólogo entre los laicistas, que ve el gran avance histórico en el triunfo de la ciencia experimental sobre el autoritarismo aristotélico de la síntesis tomista, vería la ruptura del tomismo como definitoria de la época. Así, la periodización resulta relativa a la aparición o desaparición de la verdad que es su verdad.

Del Noce dice que “debemos observar que hoy los filósofos ejercen su oficio dentro de este esquema de periodización, que se toma como un hecho. Para los racionalistas, la certeza sobre un proceso histórico irreversible hacia el inmanentismo radical ha sustituido lo que para los pensadores medievales era la fe en la revelación”. (p. 5) La objeción que Del Noce quiere hacer aquí es que la existencia del período histórico no significa un progreso de A a B, donde B es el resultado inevitable, sino que hay procesos paralelos a diferentes conclusiones. Su ejemplo es que además de Descartes a Nietzsche está Descartes a Rosmini “y esta segunda línea está destinada a llegar al pensamiento metafísico tradicional y a refinarlo”.

Por lo tanto, desde el punto de vista de la periodización general de la historia de la filosofía debemos abandonar la noción de que la idea de modernidad posee un carácter axiológico. Por el contrario, hay que considerarla como el período en el que se manifestó y se consumió el fenómeno del ateísmo. (p. 6)

Esto lo sostiene en contraste con “la perspectiva habitual, [que] considera la modernidad como la prueba, proporcionada por la historia, de la afirmación de que el pensamiento y la civilización se desarrollan irreversiblemente de la trascendencia a la inmanencia”.

Otra idea de la modernidad, es la de una nueva ciencia.

La ciencia moderna, cuya gran contribución a su propio campo obviamente nadie puede negar, comenzó en el siglo XVII cuando la búsqueda de la “causalidad vertical” (de la física a la metafísica) fue sustituida por la de la “causalidad horizontal”, en el sentido de buscar leyes que expresen relaciones constantes entre los fenómenos. Es difícil pasar por alto la analogía entre la revolución científica de entonces (que, sin embargo, se limitaba a la ciencia en sentido estricto) y la revolución religiosa de hoy, que declara abiertamente su propio horizontalismo también, en el sentido de desplazar la atención a las “realidades mundanas”. (p. 88)

Pero, ¿cuál era la objeción contra Copérnico y Galileo? Desafiaron a la ciencia aristotélica. Pero, ¿por qué preocuparse? ¿Qué importancia tenían las opiniones de un antiguo filósofo griego? ¿Y había algo especialmente “vertical” en él?

Lo que se ponía en tela de juicio con esa ciencia primitiva era la síntesis medieval entre el cristianismo y la cosmología griega. Esta idea, según la cual la razón divina y las formas inteligibles impregnaban el mundo y creaban un intermediario entre la mente del hombre y las operaciones de Dios, había sido proclamada como fundamento del catolicismo romano. El desafío no era para los conceptos cristianos, en los que, por ejemplo, en el caso de la visión nominalista, Dios podía hacer lo que quisiera, y nos correspondía a nosotros observar la obra de Dios y averiguar cuál era. La Iglesia romana, sin embargo, hizo de la oposición a la nueva ciencia una cuestión de autoridad de la Iglesia, identificando así las explicaciones “verticales” con las horizontales griegas.

Hasta Newton, los científicos no encontraban la necesidad de desterrar el aspecto vertical de una explicación científica, ya que Newton veía el orden cosmológico como uno en el que Dios era a la vez fundador y mantenedor. Pero gradualmente tales explicaciones fueron excluidas de la ciencia, bajo la influencia de las tendencias culturales generales. Pero la explicación de esto hay que buscarla fuera de la ciencia. Pero incluso el tipo de ciencia de Newton fue tanto un rechazo de la ciencia de síntesis aristotélica de la Iglesia, como lo fue la posterior ciencia puramente horizontal, así que desde la perspectiva romanista de Del Noce, la nueva ciencia de los años 1600 fue la introducción de lo que es la modernidad para él, aunque su apelación a la verticalidad frente a la horizontalidad es una explicación equivocada.

Secularización

La secularización tiene una correlación innegable con la modernidad. De nuevo, el marxismo se convierte en el arquetipo de la comprensión de la modernidad por parte de Del Noce.

En mi opinión, el término secularización alcanza su pleno significado si lo pensamos en relación con lo que podemos llamar la contrarreligión marxista; a saber, Marx quiere lograr el rechazo total de cualquier dependencia del hombre respecto a Dios, y por tanto, en primer lugar, de la dependencia de Dios creador. (p. 76)

Pero Marx no previó el surgimiento de la actitud del nihilismo, ya que el término “se utiliza hoy para indicar el derrumbe en el mundo occidental de los valores que hasta ahora se habían considerado supremos”. Por el contrario, se suponía que había que acabar con la alienación. “Por el contrario, en el mundo occidental la cultura marxista, durante su resurgimiento después de la Segunda Guerra Mundial, produjo el nihilismo; el nihilismo de la sociedad occidental no puede explicarse sin referirse a esta repercusión del marxismo”.

En resumen, cuando la secularización se convierte en nihilismo coincide, por tanto, con la crisis de la idea de modernidad... Esta crisis se expresa en la descomposición del marxismo, que se produce sin posibilidad de sublación en una forma superior.

El marxismo, entonces, es una especie de catalizador que convierte la secularización en nihilismo. Esto, parece sugerir, quita a la modernidad su agenda, creando así una crisis para la modernidad.

La secularización, tal como la presenta, parece ser más o menos lo que los poetas románticos de principios del siglo XIX introdujeron bajo el tema del prometianismo, que precedió a Marx y fue adoptado por él. Si se transformó en nihilismo más tarde, en una época en la que el marxismo era

históricamente prominente, esto no significa que el mismo desarrollo no se hubiera producido sin Marx, a pesar de lo que piensa Del Noce.

De hecho, toda la promoción de la sucesión de filósofos alemanes post-hegelianos, especialmente Marx, como necesaria para el desarrollo de la modernidad parece cuestionable. Entre las ideas de Rousseau sobre la revolución, el prometianismo romántico y otras ideas similares, los elementos necesarios estaban en su sitio. Quizá sólo la definición de la dialéctica requería la contribución de los filósofos alemanes, y Rousseau había desarrollado lo esencial de la idea de la revolución moderna sin ella. La dialéctica, después de todo, es un proceso, no algo revolucionario. Como los socialismos revolucionarios pretendían ser científicos, pero en cambio dependían de una transformación irracional y mágica en un “totalmente otro”, la gente estaba abocada a desilusionarse y a elegir entre volver a los valores prerevolucionarios o el nihilismo, con Marx o sin él.

La naturaleza de la revolución

El ennoblecimiento de la violencia está ligado a la idea filosófica de la revolución total, es decir, de la revolución como transición del reino de la necesidad al reino de la libertad, a una realidad cualitativamente “totalmente otra”. Esta transición implica una ruptura radical, necesariamente violenta, con la historia hasta ahora. Por lo tanto, la revolución no puede tener lugar en nombre de los principios éticos tradicionales, porque o bien son palabras vacías (justicia, libertad), o bien legitimaciones-mitificaciones del orden existente. La idea de la revolución total implica la eliminación de la ética. El pensamiento *en términos de violencia* sigue esta eliminación. (p. 20)

Desde el punto de vista de la violencia revolucionaria, lo que importa es que incluso la memoria del hombre viejo debe desaparecer; debe haber un cambio sin conversión; el pasado debe ser borrado, y por lo tanto incluso el arrepentimiento. (p. 21)

Amplía esto en relación con su discusión sobre Marx, para quien “la revolución representa una transición no sólo de una situación social a otra, sino de una etapa de la humanidad a otra. Es decir, *no hay analogía entre el reino de la necesidad y la dependencia y el reino de la libertad; es decir, la transición de uno a otro requiere una revolución capaz de transformar la propia naturaleza humana.*” (p. 62)

Pero en esta idea de la revolución, ésta se destruye necesariamente a sí misma, ya que lo que resulta de la revolución no es lo “totalmente otro”, sino el retorno de un estado no revolucionario.

La relación entre la revolución y el nihilismo se hace entonces demasiado clara. En efecto, es evidente que la idea revolucionaria implica la combinación de dos etapas: una negativa en la que se devalúa el orden tradicional de valores, y otra positiva en la que se establece un nuevo orden “totalmente otro”. La transición de la revolución al nihilismo está mediada por lo que he llamado en otro lugar “el suicidio de la revolución”, Lo que sucede es que el nihilismo, en lugar de ser la etapa preliminar de la revolución (el desgarrar de las máscaras, la noche de los valores, etc.), se convierte en su resultado. En ese momento, la violencia ya no se acepta como necesaria, ni la violencia revolucionaria se exalta como divina. Más bien, se acepta como normal porque la ética llega a su fin. La ética es sustituida por reglas de convivencia impuestas por el bando más fuerte, y la violencia es realmente “mala” porque es legisladora.... El hecho de

que sea legislar es la señal de que la transición del reino de la necesidad al reino de la libertad ha fracasado. (p. 36)

Dice que también como secuencia histórica “el nihilismo sigue al pensamiento revolucionario. Es el resultado de la revolución: de su éxito en la demolición de los viejos valores y de su fracaso en la construcción de nuevos valores. No por casualidad, los mismos jóvenes intelectuales que antes predicaban la revolución en nombre de Marx, se han reconciliado con la sociedad neocapitalista en nombre de Nietzsche, haciendo una transición perfectamente fluida de su antigua posición a la nueva”. (p. 62) Pero lo contrario de la revolución “no es la idea del nihilismo sino la de la Providencia. La idea de la Providencia, como afirmación del gobierno divino del mundo, es lo contrario de la idea de la Revolución, destinada a lograr su completo gobierno humano.”

Del Noce trata todo este asunto en medio de muchas referencias al gnosticismo, pero en realidad se puede discutir por sí mismo, sin tener que explicar el gnosticismo, sus formas antiguas y modernas, etc. Etiquetar las cosas como gnosticismo puede convertirse en una estratagema para ennegrecer algún punto de vista rival, ofuscando las cuestiones por medio de la etiqueta gnóstica. De hecho, Del Noce lo hace llamando gnóstico al puritanismo, e invocando para ello a Eric Voegelin, lo que también es una estratagema habitual de escritores de su perspectiva.

Por supuesto, para Del Noce, para quien el verdadero cristianismo es la síntesis tomista con la idea cósmica griega, en la que la razón divina impregna el cosmos, y dentro de la cual lo divino y lo humano se superponen, cualquier cosa radicalmente cristiana aparecería como el abandono del fundamento esencial.

Naturaleza del marxismo

El marxismo ocupa un lugar especial para Del Noce en el desarrollo de la modernidad; “si un acontecimiento filosófico, a saber, la filosofía de Marx, marca el comienzo de nuestro período histórico, entonces la historia contemporánea ofrece la ventaja heurística de ser plenamente racional”. (p. 75) Del Noce parece atribuirle algo de la misma inevitabilidad que se da a sí misma. Para ello cree que necesita establecer “1) que el marxismo sólo podía realizarse históricamente precisamente de la manera en que lo hizo; 2) que debe ser considerado como el sujeto principal de la historia contemporánea”. ¿Qué espera conseguir con esto? A pesar del pesimismo que aflora cuando discute la fuerza del permisivismo y el erotismo en el mundo contemporáneo, cuando considera la política proyecta un resultado positivo más allá del marxismo.

Precisamente el resultado histórico de la revolución, considerada como el mayor intento del hombre por negar sus propias limitaciones, crea las condiciones para reabrir el discurso teológico. Esencialmente, esta línea de pensamiento se aproxima a la de Dostoievski, que consideraba el ateísmo llevado al máximo grado como la condición para el descubrimiento de Dios. Reconocer el poder filosófico de los dos grandes ateos Marx y Nietzsche es la condición para una renovación del pensamiento religioso.

....

Debemos darnos cuenta de que el marxismo constituye la mayor síntesis de contrarios que ha aparecido en la historia del pensamiento. ... la unidad del materialismo y la dialéctica y la unidad del utopismo y el realismo político, ambos llevados a sus últimas consecuencias. (p. 64)

Ya hemos notado que la revolución, en sus ideologías, es un momento inanalizable de paso de las condiciones históricas a un “totalmente otro”. Siendo así, las utopías, descritas detalladamente por sus inventores, no son totalmente otras, y por lo tanto no son los resultados de la revolución en este sentido moderno de la revolución. Sin embargo, Del Noce quiere introducir la idea de utopía en el marxismo, donde la trata como caso límite y no como negación de la utopía.

El utopismo alcanza el grado más alto. Por eso Marx, a diferencia de los utopistas ordinarios, no se entretiene en describir la sociedad futura, y sólo dice genéricamente cómo no será. Lo hace porque concibe su sociedad futura como algo tan completamente distinto a la existente que intentar describirla sería caer en la ensoñación. Otra razón es que las formas anteriores de comunismo utópico habían podido permitirse tales descripciones porque lo que proponían como realidad ideal era la realidad presente liberada de sus contradicciones, mientras que para el marxismo la realidad que debía crear la revolución era el resultado de esas mismas contradicciones y su explosión. (p. 65)

Pero recordamos un libro, *Escatología Comunista*, de Francis Nigel Lee, que dedica 1177 páginas a lo que Marx, Engels y Lenin dijeron sobre esta utopía. La necesaria y “mayor síntesis de los opuestos” de Del Noce es una especie de idealización de su propia construcción. En su mente, esta idealización es tan perfecta que no sólo tenía que desarrollarse históricamente de la forma en que lo hizo, sino que no podía combinarse con éxito con otras ideas, como la psicología o el idealismo para llevarlas adelante en nuevos movimientos revolucionarios. Sin embargo, mirando hacia el futuro, Del Noce dará un amplio tratamiento a los conglomerados freudianos/marxistas y su gran impacto, en 1968. Y en nuestro propio tiempo lo encontramos amalgamado en una ideología de raza, clase y género, que del mismo modo que el marxismo puro busca eclipsar completamente la realidad histórica.

A modo de apunte: en la actualidad crece la opinión de que todo esto (el marxismo y los postmarxismos) son y han sido siempre ideologías para “idiotas útiles” y han sido desplegadas por las poderosas élites entre bastidores para destruir la sociedad civil y con ella cualquier oposición estructurada a su explotación de la población mundial en su conjunto. Del Noce, pues, estaría realizando un interesante análisis de la relación de los conceptos abstractos, pero no desenterrando el necesario despliegue de la modernidad.

A partir de aquí, Del Noce dice que “este utopismo coexiste con una forma extrema de realismo político. En efecto, el hecho de que todos los valores se fundan en uno solo, la Revolución, debe acabar disolviendo por completo la ética en la política”, y cita a Lenin “La moral es todo lo que sirve al éxito de la revolución proletaria”. (p. 65)

Del Noce esboza los pasos del desarrollo necesario del marxismo. Dice aquí y a menudo en varios ensayos que esta “cadena conduce a la heterogénesis de los fines”. Esta frase favorita aparece donde preferiríamos tener una explicación del concepto. La revolución requiere una clase revolucionaria que pueda emplear el grado de fuerza necesario para llevarla a cabo, es decir, para volcar la sociedad. “Marx llega a la teoría del proletariado como único mediador de la transición a la sociedad de los iguales”. Pero esta clase “necesita conciencia de sí misma. ¿Quién puede proporcionarla? ... Lenin respondió que ... [ésta] sólo puede ser aportada a los trabajadores desde fuera”, es decir, por Marx y Engels, que eran intelectuales burgueses. “Por lo tanto, lo que se necesita son intelectuales que posean un conocimiento superior, que les permita captar el desarrollo de la historia en su totalidad”. Nos encontramos, pues, con que incluso antes del momento de la revolución hay un trascendido de la

historia, que se da intelectualmente en esta élite, y que luego guía la revolución. Del Noce los llama los “nuevos gnósticos”, pero efectivamente es una negación de la dialéctica histórica marxista porque la historia tiene que ser guiada antes de la dialéctica por algo que trasciende la historia. Lo que Del Noce trata de presentar como un aspecto necesario del marxismo es en realidad una incoherencia. Este desarrollo necesario, dice, significa que el partido sustituye al proletariado, “luego la dictadura del partido, luego la nueva clase tecno-burocrática.... Pero lo que importa es... comprender que son eslabones necesarios en una cadena que parte del marxismo considerado en su aspecto filosófico. Este aspecto debe ser reconocido como primario en comparación con los aspectos revolucionarios y económicos.” (p. 67)

De aquí pasa a decir que “hay que reconocer que Lenin fue el intérprete más consecuente de Marx y, al mismo tiempo, que la revolución comunista sólo pudo triunfar encontrándose con la tradición populista rusa.” “Stalin fue capaz de radicar el comunismo en la tradición popular rusa explotando la idea de que el ruso tiene una tarea especial para la liberación del mundo. ... De este modo, Stalin salvó el comunismo, pero al precio de vincularlo a la tradición zarista. Aquí termina la heterogénesis, el signo de la Providencia del que hablé, se cierra el círculo. El marxismo se realiza históricamente continuando y aumentando el imperialismo zarista, potenciando plenamente precisamente el peligro que Marx más temía.” Así que la necesidad que parecía ser el despliegue de la naturaleza teórica del marxismo se nos dice de repente que es en realidad la acción de la Providencia. Todo el análisis de Del Noce empieza a parecer muy artificioso. En otro lugar, sin embargo, Del Noce sostiene que el marxismo, como teoría de la praxis y el desarrollo de la historia tiene que ser verificado por la historia, por lo que es esta historia la que revela lo que es el verdadero marxismo, a saber, algo que no podría haber surgido sin la Revolución Rusa, etc. (p. 80)

Totalitarismo

Del Noce define el totalitarismo de un par de maneras diferentes.

Podemos decir que la novedad de incluir completamente la ética dentro de la política también [es decir, no sólo el marxismo] constituye la novedad, con respecto a todos los demás órdenes políticos anteriores, de lo que se suele llamar totalitarismo. De hecho, es la única definición precisa del totalitarismo, y podemos encontrar sus premisas teóricas necesarias en el pensamiento de Marx y en ningún otro lugar. (pp. 65-66)

Pero también:

La idea generalizada de que la era de los totalitarismos terminó con el hitlerismo y el estalinismo es completamente errónea. De hecho, los totalitarismos se fundan en la negación de la universalidad de la razón, de modo que cualquier forma de oposición al poder establecido (en el sentido más amplio), ya sea cultural o político, supuestamente no expresa preocupaciones racionales, sino que oculta intereses de clase (según el comunismo) o de raza (según el nazismo), independientemente de la conciencia de quienes critican. Si se reflexiona sobre la relación entre la autoridad y la evidencia, queda claro que, en última instancia, la negación de esas dos nociones debe conducir necesariamente a la persecución, que termina en la eliminación, de todos los disidentes. (p. 230)

Recientemente, por supuesto, la posición nazi ha sido asumida por los negros que dicen que $2 + 2 = 4$ es “matemática blanca” y no es verdadera para los negros. Otro ejemplo son los comentaristas de un programa de televisión chileno que decían que las epidemias eran una construcción cultural que no tenía por qué ser cierta para los latinoamericanos, que simplemente podían escapar de ellas no creyendo en ellas. Por supuesto, esto desmiente la pretensión de las ideologías modernas de ser científicas, y en ese sentido modernas. Porque no pueden ser científicas si ni siquiera respetan la razón. Sin embargo, hoy en día se reivindican como posmodernas, pero eso es otra forma de modernidad. Así que, en efecto, las ideologías revolucionarias individuales no cristalizan la esencia de la modernidad, sino que son ellas mismas relativizadas por la modernidad.

El objetivo de este rechazo de la ética o de la razón es neutralizar cualquier oposición a la falsa autoridad de los movimientos ideológicos, autoridad que queda expuesta como falsa por el análisis racional. El principal lugar de difusión de este totalitarismo irracional, por supuesto, son las universidades. Considerando estas dos ideas de totalitarismo propuestas por Del Noce, podemos ver que son muy similares en cuanto a que las autoridades conceptuales externas, la ética y la razón, deben ser neutralizadas para que no haya oposición al programa político y cultural. Darse cuenta de esto expone la intención autoritaria que hay detrás de los movimientos políticos y religiosos que atacan a uno o a ambos.

La sociedad tecnocrática

Por “sociedad tecnocrática” Del Noce pretende “denotar una sociedad que sustituye, como fundamento propio, la filosofía del ser por la filosofía del hacer”. (p. 71) Dice que la transición a la sociedad tecnocrática está mediada por lo que él llama una concepción “totalitaria” de la ciencia “en la que la ciencia se considera la ‘única’ forma verdadera de conocimiento”. A menudo habla de esto como “cientificismo”.

Del Noce asocia esta sociedad tecnológica con la disolución de Europa.

[E]ntendemos que el antitradicionalismo científico sólo puede expresarse disolviendo las “patrias” donde nació. Por la propia naturaleza de la ciencia, que proporciona medios pero no determina ningún fin, el científicismo se presta a ser utilizado como herramienta por algún grupo. ¿Qué grupo? La respuesta es completamente obvia: una vez desaparecidas las patrias, sólo quedan los grandes organismos económicos, que se parecen cada vez más a los feudos. (p. 91)

Esto contrasta con las ideas de Jacques Ellul, a quien Del Noce cita con frecuencia sobre el tema de la revolución. Del Noce no hace un análisis de la sociedad tecnológica, de la que tanto se podría hablar. Está ausente la idea de Ellul de que la técnica se apodera de todo; para Del Noce es sólo la herramienta de los intereses.

Libertinaje: la sociedad permisiva

Un tema importante en esta colección de ensayos es la preocupación de Del Noce por el erotismo y la sociedad permisiva.

Reducida a su formulación más simple, la justificación de la pretensión de la sociedad permisiva se basa en la idea de que la inhibición cambia al hombre a nivel estructural, de tal manera que actúa, siente y piensa en contra de su propio interés natural, el disfrute de la vida, la inclinación hacia la felicidad. La inhibición produce una personalidad represiva, autoritaria, reaccionaria y, en consecuencia, agresiva. ... El análisis psicológico-utópico va de la mano del ético-político, y le debe la mayor parte de su éxito. Supuestamente, el “fascista” es la encarnación completa del tipo “represivo”. Como veremos más adelante, el gran instrumento de propaganda del permisivismo es la pretensión de representar la plenitud del antifascismo. Por lo tanto, una crítica del permisivismo requiere una crítica de las condiciones que hicieron plausible esta identificación. Supuestamente, si elimináramos la represión, si despejáramos el camino hacia la plena satisfacción de las pasiones, la agresión desaparecería. Así, la permisividad conduciría a la no violencia. (p. 138)

Atribuye estas ideas a Wilhelm Reich, cuyo libro de 1930, *La revolución sexual*, dice que ya contiene todo lo esencial que hay que decir sobre el tema. Del Noce relaciona este programa con el utopismo.

La noción de un mecanismo social que asegure la virtud sin sacrificios, y la haga coincidir simplemente con el bienestar, pertenece al ámbito de la utopía. En efecto, la separación de la idea de moralidad de la de sacrificio se deriva inmediatamente del abandono de la idea de la caída inicial, que es la condición de la idea de utopía. ... en nuestra época las herejías y las utopías se han unido *dando a la ciencia la tarea de legitimarlas*. De hecho, existe un vínculo entre utopía y ciencia al que no se ha prestado suficiente atención, en el sentido de que, históricamente, al surgimiento de toda nueva ciencia ha correspondido el surgimiento de una nueva forma de utopía. Pues bien, la idea de la sociedad permisiva es la utopía que ha acompañado la difusión del psicoanálisis, aunque los psicoanalistas más serios no la hayan suscrito. (p. 139)

La refutación favorita de Del Noce a esta perspectiva parecen ser los escritos de Antonio Rosmini, quien ya en 1849 en respuesta a Fourier dijo que “la promesa de la mayor libertad y de la mayor unidad entre los hombres, lograda dando completa libertad a las pasiones, o, como decía Fourier, a la atracción pasional, sería seguida en la práctica por la mayor esclavitud, por la completa destrucción de la libertad y de la sociedad humana, ‘condenada’, dijo, ‘a ser ahogada en el baño azucarado de las pasiones.’” (pp. 137-138)

Del Noce dice que la “oposición entre represión y permisividad” ... “debe vincularse a dos concepciones opuestas de la naturaleza de los valores”. Una, “la visión tradicional de que los valores son inmutables ... Está ligada a una concepción metafísica-teológica de un orden objetivo del ser, de tal manera que la moral consiste en respetarlo. Según este punto de vista, existe, en suma, una razón universal y eterna, superior al hombre, que fundamenta la jerarquía y el carácter absoluto de los valores”. En resumen, Del Noce no puede concebir la oposición a la sociedad permisiva si no se basa en la síntesis tomista. La otra concepción de los valores, que equipara con el ateísmo, es que los valores “sólo subsisten dentro del movimiento de la historia, y también están sometidos a las leyes del nacimiento y la muerte.” (p. 140)

Llevando esto a mediados del siglo XX, Del Noce ve un “enorme malentendido por parte de las protestas estudiantiles, que tuvieron lugar como una rebelión tanto contra la sociedad tecnocrática

como contra el espíritu tradicional”. De hecho, piensa que la sociedad tecnocrática acoge la permisividad y el erotismo.

Una de las características necesarias del totalitarismo es la persecución de todas las religiones trascendentes, porque proponen un ideal de vida que no puede conciliarse con el inmanentismo ético. ... Por lo tanto, la mejor línea de acción es ser intransigente con los estilos de vida, y apoyar las tendencias progresistas y modernistas siempre que sea posible. ¿Quién puede dejar de reconocer que todos estos elementos están presentes en las declaraciones de Reich? (p. 143)

En la práctica, la sociedad permisiva es anticultural:

Hemos examinado con qué relación se vinculan las negaciones de la religión, de la libertad, de la familia y de la patria, y al mismo tiempo se ocultan, al menos al público en general, en la filosofía que está implícita en la sociedad permisiva. Podemos añadir que, en el plano político, esto implica la negación de la idea misma de Europa, ya que esta idea se fundamenta en la tradición del Logos. No tiene sentido hablar de unidad europea una vez que se ha perdido la percepción de Europa como territorio moral y sólo se puede hablar de un “mercado europeo” unificado. (p. 155)

Del Noce concluye que sólo un despertar religioso puede superar la sociedad permisiva. ¿Qué despertar? “Sólo un restablecimiento de lo que por brevedad llamaré ‘metafísica clásica’ puede desmontar verdaderamente el entramado de juicios que conforman el erotismo”. (p. 162)

La semicultura

Del Noce menciona la semicultura.

¿A qué me refiero con esta palabra? Me refiero al punto de vista de quienes reciben del exterior, de los medios de comunicación de masas y, por tanto, de los grupos que dirigen y controlan el flujo de información, ciertas opiniones “nuevas” y las aceptan sin ninguna consideración seria de las premisas que las conforman: los que encarnan perfectamente, por utilizar una expresión de moda, el tipo dirigido por el otro. El hombre semi-educado “no sabe lo que no sabe”. (p. 140)

Se trata de un fenómeno importante, y es necesario darle algún nombre, aunque la *semicultura* no parece especialmente descriptiva.

Resumen de los tres niveles de la modernidad

En efecto, según Del Noce, la modernidad se presenta en tres niveles. El primero y más general es lo que él llama secularización. Se trata esencialmente de una actitud religiosa que niega la trascendencia porque rechaza la autoridad de lo trascendente. Pretende eliminar cualquier referencia a Dios en las explicaciones o en las obligaciones. Todo debe resolverse sobre lo que Del Noce llama la base horizontal. Esto equivale al hecho de que el hombre está en rebelión contra Dios, y trata de dar a esta rebelión la expresión más completa y coherente. El modo en que llegó a ser prominente no tiene por qué ser un misterio. Si consideramos el surgimiento de la imprenta y el comercio de libros,

comprenderemos cómo las personas con ese giro mental pudieron conocerse más fácilmente y adoptar y elaborar las ideas de los demás. En segundo lugar, la supresión de la represión les permitió promover sus ideas con seguridad. Esta mentalidad se convirtió así en cultural y no en meramente subjetiva e individual.

El segundo nivel es la destrucción de la síntesis tomista del cristianismo y la cosmología griega. Ésta fue víctima de la filosofía, de la ciencia y de la aversión general de la gente a que se le impongan creencias autoritarias. Del Noce ve la síntesis como la alternativa indispensable a la modernidad. Pero se equivoca, sobre todo porque la síntesis era falsa y anticristiana en primer lugar.

A este nivel el peligro es para el romanismo (así como para algunos movimientos que proponen basar algún “mero cristianismo” en la misma base), que sin este apuntalamiento metafísico se convierte en una mera preferencia de marca entre las denominaciones. Aparte del impulso histórico y algunos textos de prueba retorcidos, ¿qué tienen? Hay, sin duda, una buena cantidad de ritualismo que refleja la perspectiva sintética y se fundamenta en ella, y una vasta presencia institucional, ahora en gran desorden. Pero cada vez se ve peor.

El tercer nivel es aquel en el que la modernidad tiene una fuerza real: la política, la sociedad tecnocrática y, sobre todo, la sociedad permisiva. Aquí las iglesias tienen que preguntarse, ¿qué tenemos de real, de más poderoso, y al que no le hemos dado el lugar debido? ¿En qué es mejor el cristianismo? ¿Qué otras cosas tiene el cristianismo que no son realmente parte del cristianismo, y que estorban?